

## Con Lira Sosa en varios (y variados) tiempos<sup>1</sup>

Septiembre de 1952. Cuando arribé a París, aquel año en el que futuro era nuestro lenguaje, estallaba el otoño. Caían las hojas en los boulevares y los jóvenes comunistas, franca mayoría en la errabundez bohemia o el exilio forzado, mezclábamos las campañas contra la dictadura con las lecturas obligatorias de *L'Humanité* y *Ce soir*, discutíamos acerca de la esquizofrenia de nuestra militancia partidista y nuestra estética disidente, tan alejada del realismo socialista. La totalidad de los pintores del grupo comunista no era figurativa, en el marco del apogeo de los disidentes, y quienes delirábamos por la poesía estábamos bajo la custodia de Gerbasi y Sánchez Peláez y amábamos a los surrealistas y, entre los que más, estaba aquel joven, leal amigo de Novellino, que conocí a fines de septiembre, cuando cayó en la *maison meublée* del 26, rue de Constantinopla, reducto de doce de los nuestros, a sólo unos metros del Hotel Colonial donde vivía temporada Carlos Augusto León y a algunas cuadras, pasando la estación de Villiers del Polo Norte, hotel de pesadas llaves donde habitaban González Arias y Rodolfo Izaguirre, divulgador oral e impenitente de los versos de *Elena y los elementos*.

Diciembre de 1952. Aquel joven se llamaba José Lira Sosa, quien solía recordar la ducción poética que Sánchez Peláez ejerció sobre él, en Maturín, a finales de los años 40, desde la cátedra de Castellano y Literatura del Liceo Miguel José Sanz. Sánchez Peláez, quien a su turno amistó con Allan Linford, un inglés trinitario,

---

<sup>1</sup> Sanoja Hernández, Jesús. Revista Nacional de Cultura. N°23, Año LXIII (2002).

influiría asimismo en otros dos monaguenses, Jesús R. Zambrano, reacio a la poesía, pero con madera de ensayista, y César Suppini. Y como había vivido dos años en Chile, en plan de adherente del grupo *Mandrágora*, le inoculó poseído desde entonces por el mal de la poesía, trazaría itinerario desde Rimbaud y Lautréamont hasta Breton y Eluard, pasando por Apollinaire y, según creo, como se leerá más abajo, por Cendrars.

El 24 de diciembre de aquel año, mientras discutíamos sobre los mítines en el Velódromo de Invierno, el Congreso por la Paz en Viena, la polémica entre dos monstruos sagrados (Sartre y Camus) y la distancia entre Picasso y Fougieron, llegó Lira a lo que llamábamos casa de vecindad de la calle Constantinopla, y sin quererlo provocó lo que a medianoche sería una riña colectiva entre los camaradas, cuya consecuencia fue la decisión de disolver el grupo en la medida de lo posible. Unos regresamos a México, otros se marcharon a Italia, terceros se vinieron al país de origen, como los pintores Juan Pedro Rojas muerto misteriosamente en Cachipo en 1965, su esposa Yolanda Steffens y el margariteño Luis Aníbal Gómez, y algunos se trasladaron a Ginebra, como Gonzalo Arias y el margariteño Jonás Millán.

1953-58. Lira se quedó por un tiempo más, y también Manuel Caballero, Perán Erminy, Guevara Moreno y Jacobo Borges. En plena Semana Santa de 1956, con visa bajo sospecha, torné a Venezuela, pero no me topé con él, quien ya había publicado su primer libro en la ciudad natal y del que me dijo Gustavo Pereira, días atrás, que apenas se habían tirado 300 ejemplares. De *Fiat.lux y otros poemas* revelaría Lira que fue escrito íntegramente en París y que recogía su experiencia en

esa ciudad, para él, en ese entonces la capital del mundo. Supe más tarde que acerca del volumen inicial habían escrito Juan Calzadilla, entonces asiduo columnista de *El Nacional* y Adriano González León, otro devoto de Sánchez Peláez, de quien había sido compañero de estudios en el 5to. Año del Fermín Toro.

Lira había retornado a la tierra nativa sin el título de Licenciado en Letras, herido por esa arma que es vivir en París como en busca del paraíso perdido. Antes tocó en Roma, como traductor en un Congreso del que no guardo memoria, pero terminó expulsado bajo la acusación de propagandista comunista, y presionado por la familia, optó por la vuelta a la patria. Debió antes de acampar, reconciliarse con Caracas donde reencontró a algunos compañeros de ruta, como los que ya, desde la Facultad de Derecho, se aprestaban a echar las bases del grupo *Sardio*.

1958-1966. Los primeros tiempos de la democracia representativa lo enlares que llevaron al gobierno de Punto Fijo a calificarlas de *insurrección*, Lira imprime, al parecer en talleres propios, el poemario *A la gran aventura*, en el cual, según quienes lo han leído, aflora el lenguaje del compromiso político. Pronto Lira cambiaría de escenario, acosado en Monagas por los cambios en la lucha contra el gobierno, y de esa manera aparecerá en Barcelona y Puerto La Cruz, justo cuando varios jóvenes, mayormente poetas y artistas plásticos, irrumpían con la revista *Trópico Uno*, de cuyo primer número hice reseña en 1964. Allí se tuteó con Pereira y enlazó, por otra vía, con Alfredo Maneiro, en plena lucha armada (son los tiempos en que, junto a Pedro Barreto y Gladys Meneses, o al lado de visitantes como el viejo Luksic, ese boliviano fumista, y el trashumante Pepe Barroeta, emergen los signados por la tragedia:

Eduardo Sifontes, muerto a los 23 años, José Luis Bonilla atrapado en las oscuridades del alma, y Rita Valdivia victimada a la hora de reintegrarse al terruño...)

1967-1975. 1967 pudo ser, eso me parece, el año del salto a la isla acogedora, de donde ya no saldría más, como no fuera hacia la *terra incógnita* que a todos nos espera. Por esos días, en Porlamar, dió a conocer los textos de *Por mi cuenta y riesgo*, libro en el cual se entremezclan, al decir de Pereira, desafío político y restos del surrealismo. En Margarita captó los secretos del periodismo y el periodismo lo capturó a él con redes por donde habitualmente se escurrían la literatura y, encapsulado o estallante, su sorprendente humor.

En agosto de 1968, nada menos que en los confusos momentos de la invasión a Checoslovaquia, volví al trato frecuente con quien siempre añadiría una anécdota o un fulgor memorioso a la hora de cada reencuentro. Estaban en la isla Gustavo Machado -a poco de haber salido del San Carlos, con casi un quinquenio de cárcel a costas-, Héctor Mujica, aposentado en el Nueva Cádiz -que atendía Pañón- y Luis Aníbal Gómez, para no mentar sino a tres de los veinte que por allí andábamos. Lira nos acompañó, a Gustavo y a mí, a un paseo por La Restinga, donde la docena de ostras costaba Bs. 1, 50. Llevamos vino blanco y él inventó introducir las ostras en los huecos de los cubitos de hielo, para degustar, me decía, como lo hubiera hecho Cendrars.

¿Por qué Cendrars? Porque minutos antes yo le había comentado que de este, como de Borges, había leído en la prensa venezolana de comienzos de los años 20,

poemas *islas* y que, concretamente, los de Cendrars constituían un delicioso recuento gastronómico. Su respuesta fue rápida.

*Foie de tortue verte truffée*

*Langouste a la mexicaine*

*Faian de la Floride*

*Iguane sauce caraibe*

*Gombos et choux palmistes*

Ocho agostos más tarde, en 1975, lo volví a tropezar. Ostentaba ya una barriga búdica y seguía enamorado de alcoholes y arranques verbales inusitados. Y a la vuelta de ocho agostos más en 1983, Oscar Guaramato, Augusto Figueroa y yo fuimos a buscarlo al periódico y nos dijeron que debía estar en una tasca o bar que quedaba en las cercanías, pero allí tampoco estaba y nos llegamos hasta su casa, que no me pareció la misma del Porlamar de 1968, pequeña e inubicable cuando Eucaris era flor de atenciones. Esta vez, Lira estaba metido dentro de un chinchorro en amplia sala con paredes cubiertas de libros y con unas cervezas; brindamos por nosotros mismos.

Antes y después, cuando Luis Alberto Crespo recibió el libro *Contraseña*, se apresuró a esbozar vida y obra de Lira Sosa. Después de repasar su historia, recaló en

el poeta de 1982: *inventó un periódico, hizo una casa y eligió un bar de sardinas y gente asoleada donde ha convertido la escritura y las palabras en un juego creador, en diario ejercicio del humor y la quimera (...) la lectura de Vicios ceremoniales proponía una vez más (...) una poesía de la más estricta obediencia surrealista, inventiva donde el humor y la evocación servían a una causa común: la de la captación sensual del mundo a través de un clima onírico cada vez más intenso.* Para Crespo, *Contraseña* demostraba que la fidelidad al lenguaje surrealista seguía viva y en efecto, la sola *Oda a André Breton* equivale a una definición poética.

En la Convención de Porlamar-me refiero al Colegio Nacional de Periodistas-, como en la de Cumaná, reconstruimos parte del pasado. Cada vez más los rayos de *El Sol de Margarita* lo iluminaban. La página que allí publicaba, por allá, en 1991 ó 1992, era de categoría, clase aparte como se dice. Se acercaba, poco a poco con paso anunciado, el tiempo en que el mismo tiempo desaparece. La última vez que lo tuve a mi lado, con Pereira como tercero de una trinidad aún no vencida, nos habló de su corazón traidor y de la operación en Cuba. Se nos quedó dormido y lo llevamos al hotel. Vino luego una pausa y otra vez se nos quedó dormido, ahora para siempre, en medio de una claridad que nos despierta.

Lo he sobrevivido. Leo, ya para cerrar este prólogo, su breve poema *Extremo*:

*Al llegar al extremo*

*No abandones la ruta*

*Salta al vacío*

*Al otro extremo.*